

# De la alcoba a la plaza. Los lugares del hombre

(ENSAYO SOBRE EL ESPACIO LITERARIO)

**Fernando Cruz Kronfly**

## Introito

Quizás con mayor frecuencia los críticos que los escritores se han propuesto, como paradigmas de su reflexión, trabajar con la oposición campo-ciudad, o lo que es lo mismo: lo urbano y lo rural. Debemos confesar que en nuestro caso, dicha oposición, que corresponde sin duda a una concepción binaria demasiado simplista, nos tiene sin cuidado. No porque ella no signifique nada en absoluto, sobre todo desde una perspectiva sociológica, sino porque nos parece que no constituye un promisorio y a la vez fundamental punto de partida en el análisis literario. Pues, definitivamente, los espacios no cuentan tanto como su tratamiento. Exonerados de muchos lugares que la historia de la ciudad ha ido desterrando por su cuenta, muchos escritores descansan ahora a la sombra del mito de que su literatura podría llegar a ser importante, o actual, o moderna si se quiere, sólo por no mencionar aquellos lugares que esa historia de la ciudad ha dejado atrás. Con la sola mención de tres o cuatro lugares reconocibles como urbanos, es decir, la calle poblada de ruidos y de automotores, la plaza con sus moles de hormigón y uno que otro bar, más de uno entre nosotros se imagina estar al lado de Musil, de Joyce. Sin embargo, creemos que la clave de entrada a la gran literatura de nuestro tiempo, no queda exactamente ahí. Pues, para decirlo de una vez, pensamos que radica en dos aspectos sustanciales: el tratamiento, de una parte, y su compromiso con ser, definitivamente, una verdadera y libre exploración de la existencia humana, como nos lo propone Milan Kundera.

La historia de una vida cualquiera puede ser situada magistralmente en un lugar de aquellos que reconocemos como una pequeña provincia, dentro de un camión que transporta cerdos o alimentos desde Riosucio hasta Cartagena, o en un cuartucho de hotel de Salamina, Beirut, Buenos Aires o Bogotá. El sitio, desde luego, impone sus reglas. Pero el narrador impone las suyas. Y son estas últimas las que en realidad cuentan, pues del narrador dependen tanto el tratamiento como la hondura de la exploración. Por la primera de las dos condiciones, nos encontramos en el territorio de las formas literarias vigentes. Y por la segunda, nos encontramos en el espacio del compromiso con el hombre, que es el único que sitúa a la narrativa y a la literatura en general donde debe ser: estar del lado del pulso humano, pero sobre todo, de su libertad. Por eso la literatura es una manera de la utopía pero también de la ética.

El tema de la ciudad no es en sí mismo un asunto moderno. Es cierto que existen espacios pero sobre todo tratamientos, que nos conducen a formas literarias anacrónicas. Ya hemos dicho como los espacios que se elijen tratan de imponer sus reglas de juego. Pero también hemos dicho que el narrador impone las suyas, las que provienen de su formación, de su dimensión universal, de su contacto con lo mejor de la cultura de su tiempo. Son esas reglas de juego aquellas que

dicen relación con lo que aquí denominamos el tratamiento y el compromiso ético del narrador con la libertad y con la cultura. Ni la gloria ni el poder tienen nada que ver con esto. Un pobre hombre enfrentado a su soledad en un cuartucho de hotel de cualquier vereda nuestra podría ser motivo de un tratamiento literario de dimensiones incuestionables, independientemente de que en dicho relato estemos exonerados de la mención del rascacielos, de la fiesta de papi en la calle 150 del sur o del norte, en fin, del penthouse sobre la bahía. Lo uno y lo otro comprometen lugares, sólo lugares. Pero más allá de ellos, aquello que interesa a la literatura, de verdad, son dos cosas: el tratamiento y lo que hemos denominado la ética de la libertad. Es decir, el contacto con lo mejor de la cultura de todos los tiempos, y la convicción absoluta de que en el arte el único compromiso posible es aquel que se tiene con la carencia absoluta de todo compromiso diferente del comprometimiento con la libertad.

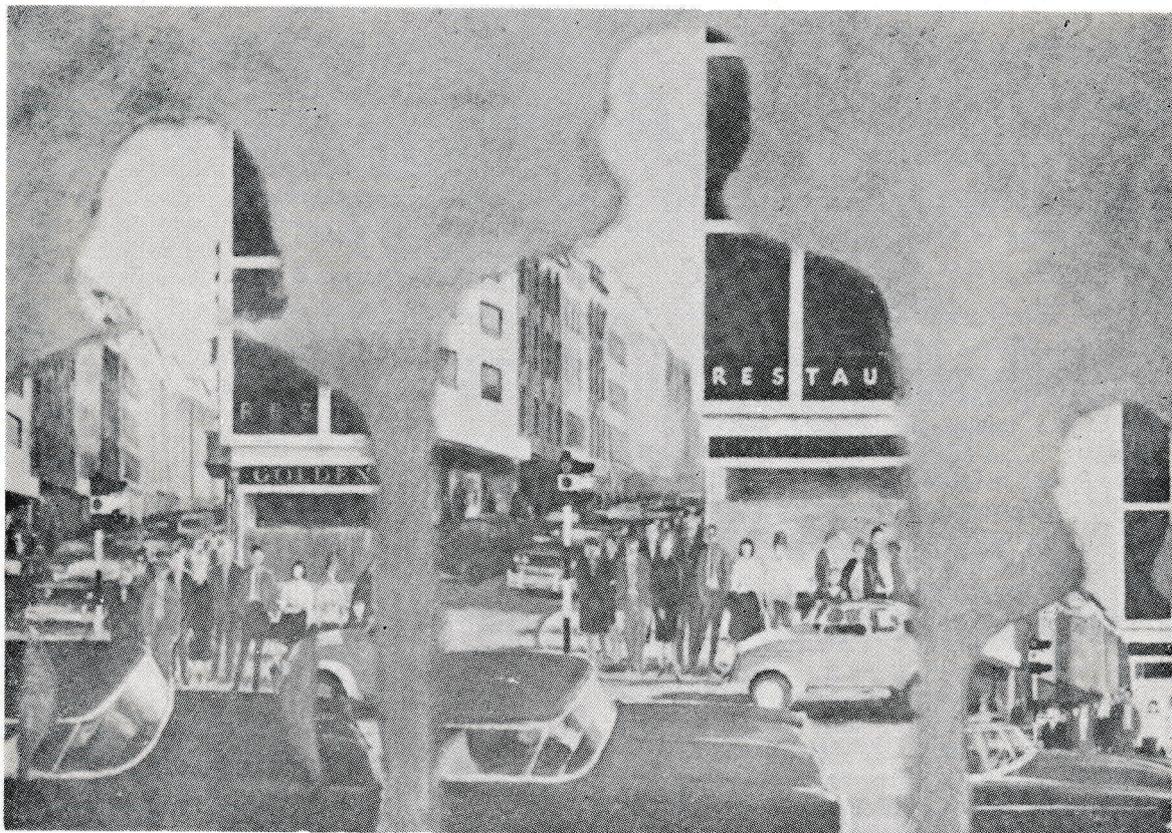
## Los lugares del hombre

La anatomía de los lugares del hombre pareciera tarea relativamente fácil. Ahí está la alcoba, el patio, la vecindad, la calle, la plaza. No son estos todos sus lugares puesto que existen otros: el río, la siembra, los caminos, los corrales, las minas, la montaña. Y otros muy extraños: el espacio sideral, como en Bradbury, o la mar como en Homero, Conrad y Melville, el infierno como en Dante, o el mismo centro de la tierra como sucede en Verne.

Delante de esta inicial enumeración, demasiado arbitraria e intencionalmente orientada, la aparente facilidad del asunto se quiebra. Los lugares del hombre están en todas partes. Pero ¿exactamente de qué modo?

A veces esos lugares se reconocen fácilmente en el universo denominado exterior. Del anterior listado, tal vez sólo el infierno no podría considerarse como de aquellos que los sentidos han percibido algún día de algún modo. Pero la cuestión no es tan simple. Más allá de los límites sensoriales, los lugares del hombre son ante todo productos de la cultura, y a ellos se asocia un proceso de significaciones, ritualidades y honduras que conduce a la quiebra aparatosa de cualquier simplismo realista. La significación de la alcoba sobrepasa la descripción del arquitecto. El lecho, en cuanto espacio del hombre, no es el mismo en el momento del amor que en el momento del sueño o de la agonía. La siembra, donde el hombre deposita sus semillas y que es posible delimitar dentro de unos determinados linderos territoriales, deviene, sin embargo, diferente según los distintos significados que el tiempo le asigna. La misma mar, esa sí eterna en sus sales de miles de años, no es la misma en Homero que en Conrad.

La literatura trata del hombre y de sus lugares y sus cosas. Pero, sobre todo, de sus relacio-



nes. Sostenemos entonces que lo definitivo en la literatura, y particularmente en la novela, se desprende no tanto de los lugares, las personas y las cosas que son tratadas, sino del tratamiento mismo y éste, de las relaciones que se establezcan entre esos hombres, y entre éstos y sus lugares y sus cosas. Y, también, del modo como se maneje el universo axiológico.

Desde la alcoba a la plaza es posible ir por un camino. Un camino que muchos recorreremos diariamente sin llegar a percibir quizás que es el mismo que conduce del útero a la luz, del denominado espacio interior al espacio exterior. Pero, de ningún modo, de la ciudad al campo o a la inversa. La vía que conduce de la alcoba a la plaza es también, de cierta manera, la misma que va del universo personal de los asuntos privados al universo colectivo de los asuntos públicos. Aquí, como en otras partes de la cultura, las parejas binarias continúan cumpliendo su papel ordenador. Ellas son, o actúan, como las cifras cualitativas en que se funda la enigmática matemática de toda cultura.

Esa matemática de las parejas binarias es, como todo constructo normativo, absolutamente arbitraria. Pero no por ello ineficaz ni mucho menos deleznable. Ella hace parte del complejo sistema de símbolos que gobierna la relación humana. Siendo así, la matemática cualitativa de las parejas binarias nos pertenece tanto como nosotros le pertenecemos a ella. La producimos pero al mismo tiempo somos su producto. Se trata de un proceso de eterno reenvío.

Ya hemos dicho cómo de la alcoba a la plaza es posible ir por un camino. Ahora debemos subrayar que la significación de esos dos espacios le pertenece a la cultura. Estar dentro de un espacio no es lo mismo que estar fuera de él. Un universo de posibilidades le pertenece a cada espacio según determinadas circunstancias. Y esos espacios nacen y son según lo diga, según lo disponga ese universo de posibilidades.

Exagerando un poco, sería posible decir que de cierta manera el alma humana es la resultante dramática de un desgarramiento sin final: la dialéctica del estar dentro y del estar fuera. Que es la misma que gobierna el desgarrado camino que conduce de la alcoba a la plaza. Ningún sentimiento de clase, de raza, de ciudadanía, de sexualidad, de nacionalidad, es decir, ningún sentimiento de pertenencia podría fundarse al margen de la dialéctica constituida por la pareja binaria del adentro y del afuera. Ni siquiera, quizás, la famosa dicotomía de la esencia y la apariencia, el alma y el cuerpo, la cárcel y la libertad, el dogmatismo y la heterodoxia.

Por supuesto que de todas las parejas binarias, aquella que mejor funda la noción del espacio es la que gira entre los extremos polares del adentro y del afuera, tal vez con mayor eficacia, inclusive, que la pareja del arriba y del abajo tan impregnada de connotaciones religiosas y morales. De la alcoba a la plaza se camina siempre de adentro hacia afuera, y ese es el camino que conduce de lo privado a lo público. La vida, en dichos espacios, en cuanto en ellos la permi-

sibilidad de lo posible deviene diferente, debe atemperarse a las normas que la cultura impone en cada caso. Vivir la alcoba no es lo mismo que vivir la plaza. Un mismo hombre vive los espacios, por supuesto, sin fragmentarse necesariamente de modo peligroso, de diferente manera. Esa dialéctica matiza la vida, construye los rincones ocultos del alma tanto como sus iluminaciones públicas.

Milán Kundera, ya lo hemos dicho, afirma que la novela es una exploración de la existencia. Una exploración que indaga por la vida según las fases del tiempo pero fundamentalmente según las ondulaciones de la cultura, agregamos nosotros. Pues, si el narrador debe ocupar algún espacio, ese espacio no puede ser otro que el de la cultura. Suele decirse que la vida es algo que se vive, se padece y se merece en el tiempo pero también en el espacio. De este modo, si la dialéctica del espacio se funda en la pareja binaria del adentro y del afuera, principalmente, la dialéctica del tiempo se funda en la pareja binaria del antes y el después. Sin la perspectiva del pasado y del futuro donde el ser vivo se sitúa siempre en su ahora biológico tanto como en su ahora cultural y sentimental, sería imposible la dimensión del tiempo. Armado del espacio y del tiempo, como sus presupuestos arquetípicos, el escritor funda el territorio de su puesta en escena. Adentro y afuera, antes y después: he ahí los parámetros donde el escritor hace descender en la novela la historia, que necesariamente debe ser la de unas vidas.

Pero aquí no se trata en realidad de una teoría de la novela, aunque quizás sí de una reflexión acerca de lo que generalmente se conoce como su espacio. Una meditación momentánea y por lo demás fragmentaria a propósito de la significación del espacio y de sus posibilidades. Sobre todo, de la relación que evidentemente existe entre vivir la vida y el espacio donde ello ocurre. El espacio de la alcoba, del salón, de la casa, de la vecindad, del barrio, de la ciudad, del planeta apagado donde vivimos, del sistema solar, de la galaxia. Más allá de la nave espacial, ¿cuál es en realidad el espacio donde se sitúa la obra de Bradbury? ¿Ese espacio no será acaso el sueño de lo posible, lo imaginario mismo? Sabemos que la edad media piensa el espacio de un modo muy particular. La tierra se sitúa en un adentro implícito pues todo lo restante está fuera de ella, girando en torno suyo y como haciéndolo a su servicio. Convencidos de un tipo de pertenencia que iba de afuera hacia adentro, donde la tierra ocupaba el centro de aquel adentro arbitrario y al mismo tiempo imaginario, los hombres de la edad media no pudieron menos que sentirse vilipendiados cuando Copérnico y Galileo resolvieron aguar la fiesta geocentrista y de paso antropocentrista con sus postulados novedosos sobre el espacio. Y, cuando en la antigüedad, la simbología espacial propia de la organización de la ciudad estado entró en crisis junto con aquella forma de organización sociopolítica para dar paso a las grandes unidades imperiales, la noción de ciudadanía, como lo dice George Sabine, perdió toda su antigua significación cultural.

Los hombres, separados por el Imperio de la inmediatez de su vida política, debieron ver cómo aquel sentimiento de ciudadanía se iba transformando, como ocurrió en realidad, en *alma*. Aquellas almas, antes ciudadanas según las leyes de pertenencia a un adentro denominado *Ciudad Estado*, debieron seguir siendo ciudadanas de algo: ciudadanas de la ciudad de Dios. En esta ciudad universal, que San Agustín denominó Ciudad de Dios, las almas abandonadas y separadas del *ágora*, de la plaza donde su sentimiento de pertenencia se concretaba en actos, en palabras históricas y particulares, debieron encontrar un reemplazo satisfactorio. Mucho tiempo después, cuando por motivos históricos que ahora dejamos de lado, se constituyeron los Estados Nacionales, desprendidos geográfica y culturalmente de los grandes territorios imperiales, la ciudadanía comenzó a significar otra cosa. Ahora el sentimiento de pertenencia, aquel recinto interior más allá de cuyos límites comenzaban las arenas movedizas de lo extraño, de lo extranjero, debió definirse a partir de otros elementos pero fundamentalmente a partir de una diferente perspectiva. Son esas nuevas perspectivas las que dinamizan la cultura y exigen el desarrollo de nuevos tratamientos y aproximaciones formales.

La ciudad no es entonces una noción ajena a la historia de su símbolo. Más que un conglomerado de moles, monumentos y vías, la ciudad es un puñado de recuerdos y de símbolos. Al margen de cualquier consideración exclusivamente arquitectónica, la significación de aquello que denominamos ciudad es algo que le pertenece a la cultura de las ideologías quizás mucho más que a la historia de la arquitectura. Es cierto que la literatura no es ajena a ninguna de las dos, como tampoco lo es con respecto a la historia económica, sociológica o política de las ciudades. Pero, por encima de todas estas historias concretas, existe la simbología de lo urbano: de la alcoba, la calle, el bar, la plaza, el patio, la noche, las distancias.

Por supuesto que todos estos son sitios o relaciones entre ellos, pero lo que interesa destacar es que, más que sitios, se trata en cada caso de recuerdos, de sueños, de percepciones gobernadas por una ilusión, de ángulos memoriosos que el sentimiento elige, convoca. En uno de sus hermosos relatos sobre su tiempo de juventud, contenidos en sus ensayos literarios, Marcel Proust nos describe una experiencia suya en el retrete de su casa de Combray: "Para ser un retrete era una habitación muy grande. Cerraba con llave a la perfección, pero la ventana permanecía siempre abierta, dejando paso a una joven lila que había crecido en la pared exterior y había metido su olorosa cabeza por el resquicio. Allí tan alto (en el desván de la quinta), estaba absolutamente solo, pero esta apariencia de hallarme al aire libre añadía una deliciosa turbación al sentimiento de seguridad que a mi soledad prestaban los fuertes cerrojos. La exploración que entonces hice de mí mismo en busca de un placer que ignoraba no me habría proporcionado más sobresalto, ni pavor, si se hubiera tratado de practicar una operación quirúrgica incluso en mi médula y mi cerebro"... "En aquel

momento, por muy lejos que las nubes se agolparan por encima del bosque sentía que mi espíritu aún iba un poco más allá, no estaba repleto del todo por ella. Sentía cómo mi mirada poderosa llevaba en las niñas de sus ojos, a modo de simples reflejos carentes de realidad, hermosas colinas abombadas que se alzan como senos a ambos lados del río”.

La idea de espacio en el caso de este retrete de fábula que muchos añoramos ahora como algo que un día hizo parte de nuestra infancia desaparecida, no es en realidad arquitectónica, ni sociológica, ni económica, en fin. Ese pequeño espacio donde el joven Proust se ha encerrado para explorar su cuerpo y en donde a cada instante creía morir, es, ante todo, y sin exageraciones poéticas, su corazón mismo. Leer atentamente este texto bastaría para demostrar que el espacio literario es un espacio distinto: aquel imaginario que sólo existe en la palabra que lo funda a partir de la memoria o del sentimiento, del deseo o del pavor. Lo que sucede es que casi nunca se presenta como tal y prefiere acudir a ciertos registros verificables para crear la apariencia de ser un espacio identificable y hasta objetivo, para consuelo de los realismos de todas las estirpes.

Cuando la narración literaria se traslada de la alcoba a la plaza, buscando sus espacios denominados urbanos, camina en el sentido de lo interior a lo exterior desde el punto de vista de lo

que la Ley de Cultura permite como posibilidad en cada caso. Quizás por eso el joven Proust se atreve a lo suyo dentro del retrete de su casa familiar, allá en Combray, lo que no le sería permitido en un lugar más público. Esa otra dimensión, la de los asuntos públicos, se encuentra representada en el relato por la ventana abierta, la que añadía, según él, aquella deliciosa turbación al sentimiento de seguridad que a su soledad prestaban los fuertes cerrojos. En el ejemplo, la dialéctica de lo interno y de lo externo resulta demostrativa de lo que aquí queremos plantear con relación al espacio literario: que se trata de exclusivas fundaciones que realiza la palabra, mediante un proceso gobernado más por los símbolos que por una supuesta fidelidad geográfica o arquitectónica.

Siendo así, en literatura, el camino que conduce de la alcoba a la plaza, es decir, el espacio del relato, si bien es susceptible de ser reconstruido mediante el concurso de un hábil cartógrafo, dicha reconstrucción de nada nos sirve, o de muy poco. Pues ocurre que en realidad el lugar no interesa tanto como su significado. Porque en literatura el espacio como el tiempo los funda el tembloroso arbitrio de la palabra. Una palabra que actúa y piensa siempre como si hiciese parte de una permanente aventura de fundación y conquista donde los grandes almirantes no son otros que el deseo, la memoria, la imaginación y los sueños.

